

ITEM ITEM I TEM ITEM IT EM ITEM ITE

revista de ciencias humanas

2

CENTRO DE ESTUDIOS UNIVERSITARIOS.
alicante



I T E M
REVISTA DE CIENCIAS HUMANAS

**Con la colaboración de la
Caja de Ahorros de Alicante y Murcia**

Julio-Diciembre

número 2

año 1977

**CENTRO DE ESTUDIOS UNIVERSITARIOS
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
ALICANTE**



SUMARIO

Salvador Forner Muñoz - J. Ramón Navarro Vera: <i>Estudio del casco antiguo y Barrio de Santa Cruz de Alicante</i>	7
Glicerio Sánchez Recio: <i>Los partidos políticos en el pensamiento de Pi y Margall</i>	25
Emilio Feliu García: <i>Retórica y Lenguaje publicitario</i>	39
Francisco Gimeno Menéndez: <i>Introducción a la Sociolingüística</i>	53
Enrique Rubio Cremades: <i>La narrativa social de Miguel Angel Asturias</i>	67
Miguel A. Lozano Marzo: <i>Hacia una clasificación de la narrativa breve de Ramón Pérez de Ayala</i>	77
NOTAS	
Juan Manuel del Estal: <i>Nuevos datos sobre el asedio y conquista de Orihuela por Jaime II de Aragón</i>	99
Enrique Giménez López: <i>Ejército y Federalismo: Un proyecto de Ejército republicano en 1872.</i>	111
Juan Luis Román del Cerro: <i>Grado de especialización semántica del léxico: índice de dispersión léxica.</i>	125
M. ^a José Bono Guardiola: <i>Concepto de Ideología: Algunas precisiones a la teoría de Althusser</i>	133
Consuelo Jiménez de Cisneros: <i>Alfonso X en los versos de poetas coetáneos</i>	139
A. M. Abad - J. Asensi - M. E. Fernández - R. M. Pujante: <i>Estudio del Barrio de la Divina Pastora, Alicante</i>	149

I T E M Revista de Ciencias Humanas. Publicación semestral.

Director: Antonio Gil Olcina y Manuel Moragón Maestre; Subdirector: Juan Luis Román del Cerro; Redactor Jefe: Manuel Oliver Narbona; Administrador: Jaime Crespo Giner; Consejo de Redacción: Emilio Feliu, José Uroz, Rafael Navarro, Enrique Giménez, Mario Martínez, Enrique Rubio, María José Bono, Francisco Gimeno. M. A. Lozano.

Correspondencia, suscripciones, reseñas y distribución:

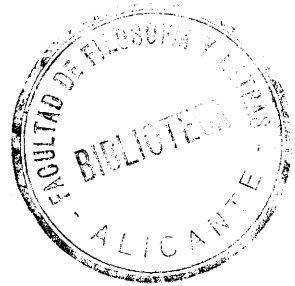
I T E M. Facultad de Filosofía y Letras de Alicante.

Suscripción anual:

España: 200 Ptas. Extranjero: 300 Ptas.

Número suelto:

España: 125 Ptas. Extranjero: 150 Ptas.



LOS PARTIDOS POLITICOS EN EL PENSAMIENTO DE PI Y MARGALL

Glicerio SANCHEZ RECIO

Dpto. de Historia Contemporánea de la Facultad de F. y L. de Alicante.

En el presente artículo se trata en primer lugar de la actitud personal de Pi y Margall ante el tema y de la relación existente entre filosofía y política. Posteriormente, a partir de la noción de partido político se trata de la sucesión de los mismos siguiendo el movimiento dialéctico. Finalmente, se expone su pensamiento sobre cada uno de los partidos, y se hace una exposición más amplia y sistemática del democrático y del republicano federal, con los que se siente identificado.

0. INTRODUCCION.

F. Pi y Margall fue un hombre preocupado por las cuestiones filosóficas y, más aún, aunque tomando elementos de unas y otras doctrinas, llegó a considerarse autor de un sistema propio. De ahí que en un análisis de su pensamiento aparezcan serias contradicciones, difícilmente superables, como consecuencia de tratar de ensamblar tesis de Kant con tesis de Proudhon, de Hegel, de Feuerbach, de Comte e, incluso, de Darwin y de Spencer. Es decir, desde sus primeros planteamientos filosóficos Pi y Margall estuvo siempre abierto a las nuevas aportaciones y corrientes de pensamiento, aceptándolas y buscando a la vez una síntesis integradora de las mismas.

Pi y Margall no sólo fue un hombre preocupado por la filosofía, sino que junto a sus varias actividades intelectuales dedicó toda su vida a la teoría y a la práctica políticas. De ahí que se dio en él una recíproca influencia de la filosofía respecto a la política y viceversa.

Desde 1854 Pi y Margall se declaró a sí mismo sistematizador de la doctrina del partido democrático y trató de ilustrar y superar las contradicciones que se dieron entre el programa y la actividad política del partido. Criticando la actitud de los demócratas durante la revolución de julio de 1854, en Madrid, escribe:

«La primera condición de un partido es tener bien determinados sus principios, bien formulada su doctrina; la democracia desgraciadamente no los tiene. En todos sus programas se ven lastimosamente hacinados, sin sombra siquiera de orden lógico, principios políticos, económicos y administrativos; en ninguno la idea generadora de que derivan, la razón que los enlaza, la diferencia esencial que los separa del viejo dogma... La democracia tiene precisamente su fuerza en la lógica de las ideas que la constituyen, sacrificar ésta en lo más mínimo es atentar contra sí misma...». (PI Y MARGALL, F.: 1854, 31-33).

En esta misma actitud se mantuvo Pi y Margall permanentemente dentro del partido democrático, primero, y en el partido federal, después, cuidando de la fidelidad de la doctrina y de los caracteres específicos de la misma para defender a su grupo de las escisiones del partido.

1. NOCIONES PREVIAS.

En el presente trabajo, antes de exponer el núcleo del mismo, es preciso tener en cuenta dos principios fundamentales en el pensamiento de Pi y Margall: la dialéctica y la ley del progreso, y, como consecuencia, la categoría científica de la historia.

Respecto al primero de dichos principios, la dialéctica, Pi y Margall se declara hegeliano; sin embargo, esta declaración necesita algunas precisiones. Pi y Margall había entrado en contacto directo con el pensamiento de Hegel en su juventud, en Barcelona, en torno al año de 1840, en la Sociedad Filomática. Aquí había leído *Las Ideas Estéticas* en una traducción francesa de Mr. Benard. Sin embargo, en esta obra no se había expuesto claramente el pensamiento hegeliano, habiendo sido más fuerte la influencia del pensamiento de Kant sobre

el traductor. Con la idea expuesta en dicha traducción coincidía el pensamiento de Proudhon sobre el concepto de la dialéctica, más próximo al de Kant que al de Hegel. Precedentes éstos que no pudieron ser superados con las posteriores lecturas de Hegel por Pi y Margall. De aquí se deduce la imprecisión conceptual de Pi y Margall cuando habla de la dialéctica o se sirve de dicho método de pensamiento. Recogemos aquí unos textos del autor para corroborar lo anteriormente dicho:

«...No comprende (la pintura europea del siglo XVI) aunque exista esa misteriosa triada en que todo está indisolublemente unido, en que de la unidad brota la multiplicidad, de la multiplicidad la unidad, y multiplicidad y unidad son coexistentes... (PI Y MARGALL, F.: 1851, 279)».

«El socialismo es precisamente la antítesis del cristianismo, la democracia en su último término la negociación del principio de autoridad, consecuencia obligada de todo sistema religioso...» (PI Y MARGALL, F.: 1854, 97)».

Respecto al segundo de los principios, la ley del progreso es para Pi y Margall la razón de todo lo existente y de todas las actividades humanas. Ahora bien, ese progreso se manifiesta a través del movimiento dialéctico. De ahí que la dialéctica objetiva, la existente en la naturaleza, y la subjetiva, la acción humana de pensar, coincidan, tengan el mismo objeto, según el pensamiento de Pi y Margall.

Exponiendo nuestro autor su pensamiento sobre la ley del progreso se refiere al pensamiento de Proudhon y de Hegel:

«La antinomia, sabe muy bien Proudhon que no es una ley especial del desenvolvimiento de nuestras sociedades; que es la ley de las cosas, la ley de nuestro espíritu. Ciencia y método a la vez, se la encuentra en todo y cabe aplicarla a todo. Revela su existencia en el primer desarrollo de la primera idea, en todas las manifestaciones del espíritu, en todas las revoluciones de la historia. ¿Cómo sale la idea, según Hegel, del estado de concreta y pura? Dividiéndose, negándose, contraponiéndose, es decir, buscándose por medio del juicio real, su antítesis. Reconócese entonces, y vuelve por medio

de la síntesis a replegarse en su seno con la conciencia de sí misma... Esta antinomia explica por sí sola la creación; y es como la dialéctica del alma el mundo, es también la de nuestro entendimiento. Buscad siempre tras la afirmación la negación, tras la negación la negación de la negación, que será otra afirmación creadora; y estad seguros que sorprendereis la marcha del espíritu en todas sus esferas, recorrereis sin vacilar la senda del progreso». (PI Y MARGALL, F. 1854, 87).

Finalmente, y como consecuencia de lo anterior, la historia es una ciencia y, como tal, tiene un objeto, las acciones de la humanidad, que están sometidas a una ley, la del progreso, y cuenta con un método, la dialéctica, con el que estudia esas acciones y descubre dicha ley. (PI Y MARGALL, F. 1873, 6-7).

En esta cuestión Pi y Margall coincide con Hegel, no estando de acuerdo con Proudhon, para quien la historia no es una ciencia, sino que únicamente presta material susceptible de ser tratado mediante un método científico, dando lugar a determinadas ciencias particulares. (PROUDHON, J.P.: 1849, 340-41).

Aquí, sin embargo, aparece una de las grandes limitaciones del sistema de Pi y Margall, el someter el individuo a la sociedad, la voluntad individual a la necesidad colectiva, de manera semejante a lo que ocurre en la teoría hegeliana. Pero Pi y Margall, consciente de esta contradicción y gran defensor de la autonomía del individuo y de la sociedad, pretende superarla y hallar la *armonía* (término proudhoniano) entre ambas mediante la progresiva educación de la voluntad individual hasta que descubra la obligación de someterse a la ley del progreso general. (SANCHEZ REGIO, G.: 1973, Cap. III, 1-72).

Desde esta perspectiva de la ciencia de la historia expondremos el pensamiento de Pi y Margall acerca de los partidos políticos, como un capítulo determinado de esa ciencia, sometidos, por lo tanto, a la misma ley del progreso.

2. LOS PARTIDOS POLITICOS.

Antes de comenzar debemos hacer estas precisiones: nuestro autor era uno de los miembros más activos del partido democrático,

escribía en un diario político. La Discusión, de filiación democrática, y sus artículos, fuertemente combativos, estaban destinados a fortalecer el sistema doctrinal de su partido. De ahí que hiciera una exposición amplia y coherente del suyo y, en cambio, presentara a los demás de forma negativa y superados o destinados a serlo por el partido democrático.

Pi y Margall tenía la noción de partido político que Duverger llama *partido doctrina*, de origen liberal (DUVERGER, M.: 1965, 11-29). De ahí que escribiera nuestro autor:

«Todo partido tiene fe en su idea y cree necesario su advenimiento al poder para la paz y la ventura de su patria»
(PI Y MARGALL, F.: 15 de julio de 1857).

Ahora bien, los partidos, como todas las ideas están sometidos a la ley del progreso, pero Pi y Margall aporta un criterio específico para conocer qué partidos responden mejor a las necesidades históricas, se trata del contenido que otorgan al término *Libertad*.

Desde esta perspectiva enumera nuestro autor los partidos que se han sucedido y que existían en su momento:

«Tuvimos primero dos fracciones políticas: absolutistas y constitucionales; más tarde tres: absolutistas, moderados y progresistas; hoy cuatro: absolutistas, moderados, progresistas y demócratas o republicanos. Los absolutistas representantes de un orden pasado, pero del todo constituido, no se dividen jamás esencialmente, si los constitucionales se van de día en día subdividiendo ¿a qué debemos atribuirlo sino que representan un orden nuevo, cuya constitución creemos siempre haber encontrado, y no encontramos, sin embargo, nunca». (PI Y MARGALL, F.: 1954, 178-179).

2.1. El Partido Absolutista.

Es éste el partido del pasado, «recuerda a menudo, dice Pi y Margall, los buenos tiempos de Carlos III». Se trata de un partido que, aunque pueda llegar a formar gobierno, no puede gobernar como

absolutista, debido a la existencia del régimen constitucional en España en aquella época. Por otra parte, han desaparecido ya, siguiendo el movimiento progresivo de las ideas, las bases doctrinales del absolutismo. De ahí que se hayan dado la propagación de la libertad de conciencia, la pérdida de muchas de las creencias religiosas y la razón se haya impuesto a la autoridad. Tampoco cuenta el partido absolutista con medios para resolver la cuestión social, porque no acepta la libertad ni tolera al socialismo, que es un sistema racionalista. Es concluyente el siguiente texto de Pi y Margall.

«...Pasan los tiempos para no volver, y para no volver pasaron los buenos tiempos de la antigua monarquía. El partido absolutista es ya impotente, no sólo para retrotraernos al reinado de Carlos III, sino para retrotraernos al de Fernando VII» (PI Y MARGALL, F.: 7 de abril, 1858).

2.2. El Partido Moderado.

Pertenecen a este grupo todos los viejos liberales que se habían quedado anclados en las fórmulas primitivas de la liberalización contra el antiguo régimen. Eran sus principios: la religión, la monarquía, la propiedad y la familia (PI Y MARGALL, F.: 23, XII, 1858). Pi y Margall les hace una violenta crítica, partiendo de sus propias convicciones democráticas, por representar un gran obstáculo a la libertad y al progreso (PI Y MARGALL, F.: 21, V, 1858), y recorre la historia de sus intervenciones en el gobierno: adulteración en 1845 de la constitución de 1837, persecución desde 1848 de todos los que pretendían propagar el código democrático, responsabilidad de la revolución de 1854 y destrucción a partir de 1856 de lo conseguido durante el bienio progresista. Estas son sus propias palabras:

«Quieren la religión, pero sólo como freno para la libertad de los demás, no como un límite para la suya. Se presentan como grandes defensores del orden, pero no del orden que nace de la realización de la justicia, sino del que deriva del temor a la ley y al verdugo. Se dicen amigos de los derechos políticos, pero los conceden sólo a los que les pueden estar unidos por mancomunidad de intereses, no a los que prevalidos de esos mismos derechos, podrían romper en sus manos la copa en

que beben la sangre de los pueblos. Si llegasen a creer mañana que bajo el absolutismo habían de conservar sus brillantes posiciones y sus productivos monopolios, téngase por seguro, serían absolutistas. Han combatido la desamortización, pero ¿quién más que ellos vive y goza sobre el antiguo patrimonio de la Iglesia?» (PI Y MARGALL, F.: 19, XII, 1858).

2.3. El Partido Progresista.

Representa este partido un paso más sobre los moderados. Autores de la constitución de 1837 y vencedores de la revolución de 1854, fracasaron, a juicio de Pi y Margall, por pretender imponerse y sujetar por la fuerza el desarrollo de las libertades que ellos teóricamente ofracían. Ante el problema de la libertad y el orden, auténtico criterio para valorar el grado de evolución de las distintas escuelas políticas, los progresistas siempre hubieron de inclinarse hacia el orden, hacia el poder, sin acertar a comprender el grado de libertad que era preciso conceder al pueblo; de ahí la doble caída de los gobiernos de Espartero en 1843 y 1856 en medio de rebeliones de tipo popular.

Los progresistas pretendían en sus principios teóricos ampliar el campo de las libertades políticas, pero a todas ellas, a juicio de Pi y Margall, les pusieron limitaciones: a la libertad de imprenta, a la de reunión, a la de elección, e incluso era limitada también la solución que aportaban al problema social con la aplicación de la ley de desamortización.

Entre los periódicos *La Iberia*, diario progresista, y *La Discusión*, diario democrático, existieron varias polémicas. En un artículo firmado por C. Rubio en *La Iberia* y reproducido por *La Discusión* se decía:

«El partido democrático o no es nada o es una fracción del gran partido progresista, fracción menos liberal que el partido, y que en la historia de él puede aspirar solamente a ser una faz, a llenar acá y allá una página. Todas las libertades relativas que la democracia de idea pueda desear compatibles con la sociedad, nosotros las deseamos; todas las que pueda ofrecer con propósito y posibilidad de practicarlas, nosotros las ofrecemos; y lo que nos separa es que nuestro partido es menos impaciente que esa fracción» *La Discusión*, 2, marzo, 1858).

A este artículo contestó Pi y Margall con dureza, insistiendo en la debilidad de ese partido por las contradicciones existentes en sus principios. El partido progresista representa un nivel inferior en el desarrollo de la idea al representado por la democracia y es limitada la solución que busca La Iberia para la cuestión social al pedir la generalización de la desamortización. En cambio, dice Pi y Margall, la pauperización del pueblo del pueblo no sólo ha sido creada por la propiedad de la tierra sino que a ello han contribuido también todas las instituciones socioeconómicas existentes en la sociedad; de ahí que la reforma social del partido democrático pretenda ser más profunda. La revolución democrática llevará a cabo la emancipación del proletariado, mientras que la revolución progresista ha sido la emancipación de las clases medias. (PI Y MARGALL, F.: 30, julio, 1857; 27, marzo, 1858).

2.4. El Partido de la Unión Liberal.

Aparece este grupo político ante la necesidad que siente O'Donnell de dar una base electoral a su subida al poder, a raíz de la caída de Espartero en 1856, tratando de unir los grupos más avanzados de los moderados con los más moderados del partido progresista, tendiendo de este modo un puente entre ambos partidos. Es éste un partido débil, a juicio de Pi y Margall, por falta de armonía en sus principios y de grandes hombres que lo representen, y solamente subsiste por las ventajas que concede el poder. Pi y Margall, incluso, priva a la Unión Liberal de la categoría de Partido:

«Los partidos no se agrupan alrededor de hombres sino de ideas: los iniciadores de la Unión Liberal no han tenido nunca un dogma al cual hayan sabido sacrificar sus intereses del momento» (PI Y MARGALL, F.: 12, mayo, 1858).

Según dominaran los conservadores o los progresistas en el seno de la Unión Liberal, ésta se identificaría con uno u otro de los anteriores partidos; de ahí que la Unión Liberal, como tal partido, tuviera escasas posibilidades de acceder al poder (PI Y MARGALL, F.: 25, mayo, 1858). Finalmente, frente a la lógica de los principios y al desarrollo del partido democrático expone Pi y Margall la debilidad de la Unión Liberal:

«Reconocemos el estado de disolución de los partidos medios, creemos ilógica su existencia; estamos en que más o menos tarde deben fundirse en uno; vemos posible y racional su inmediata metamorfosis, llegamos hasta extrañar que no se haya verificado cuando fijamos los ojos en la democracia...» (PI Y MARGALL, F.: 12, junio, 1858).

Dado ese estado de disolución de la Unión Liberal (PI Y MARGALL, F.: 9, noviembre, 1858; 11, marzo, 1859), Pi y Margall dice que ésta no constituye un partido político, para defenderse de idénticas acusaciones que los ideólogos de ese partido hacían de los partidos extremos, el absolutista y el democrático (PI Y MARGALL, F.: 10, octubre, 1858).

2.5. El Partido Democrático.

Insistimos de nuevo en que Pi y Margall era miembro activo del partido democrático y quizá el ideólogo más destacado del mismo. Su obra se dirigió primero a dar un contenido intelectual al partido, después, a esclarecer ese contenido intelectual y a la lucha ideológica con los demás partidos, y finalmente a la lucha por conseguir el poder.

El partido democrático nació a finales de 1848 de una escisión del partido progresista. Los más radicales de este partido tenían un doble estímulo, intensificar su campaña contra el partido moderado y seguir el ejemplo de los movimientos revolucionarios, aunque frustrados, de aquel año en Europa. En el manifiesto fundacional del partido se exponían ya los conceptos y se avanzaba gran parte del programa, que fue posteriormente una constante del partido: éste era una escuela y constituía un sistema teórico lógicamente desarrollado, defendía la ilegislabilidad de los derechos individuales, la soberanía nacional, la división de los poderes, el sufragio universal y un amplio programa de reformas sociales. Estos principios liberal-radicales en política y social-reformistas en economía representaban la más alta evolución política y social en España en 1849. De ahí que se adhirieran al partido los individuos de ideología más radical de la época, los republicanos y los socialistas utópicos, que amenazaron continuamente la unidad del partido (GARRIDO, F.: 1868-69, III, 50. BLASCO IBAÑEZ, V.: 1892, III, 140. EIRAS ROEL, A.: 1961, 142-45).

Pi y Margall comenzó su labor en *La Reacción y La Revolución*, en cuya introducción habla de la intervención de los demócratas en la revolución de 1854. En ella pretendió construir el sistema doctrinal y político de la democracia, continuándolo en trabajos posteriores. En *La Reacción y La Revolución* ya expuso el autor los principios sobre los que se levantaba su sistema: la autonomía del individuo y, consiguientemente, la soberanía popular, las autonomías de los municipios y de las provincias (regionales históricas) y la federación entre las mismas para constituir el estado federal (PI Y MARGALL, F.: 1854, 222-227). En 1856 publicó un artículo en la revista *Razón*, en el que enfrentaba a la monarquía el sistema democrático, y por tanto republicano, porque éste poseía mayores medios para resolver las cuestiones urgentes que tenía planteadas el gobierno (se trataba entonces de la última etapa del gobierno de Espartero en 1856), la libertad y el orden y el problema social. (PI Y MARGALL, F.: 1856, 99-100). Pero su actividad más importante en ese tipo de trabajo fue la efectuada desde *La Discusión*, 1857-1859. En sus constantes artículos Pi y Margall dio los principios doctrinales del partido democrático, trató de las diferencias de éste con los demás partidos y de la unidad interna de los demócratas, que aunque justificaba e, incluso, trataba de situarla en una unidad superior, la cuestión estaba planteada, y durante la etapa revolucionaria de 1868-1873 se dividirían en distintos grupos, sin posibilidad de una posterior reunificación.

Durante esos años (1857-1859), publicó la primera exposición de su pensamiento social, en la que haciéndose cargo de los problemas socioeconómicos que tenía planteados el país, critica la política socioeconómica de los gobiernos liberales, principalmente la de los progresistas, y se manifiesta con claridad sobre él la influencia de los socialistas utópicos franceses, principalmente Proudhon y L. Blanc (SANCHEZ RECIO, G.: 1973, IV, 81-95). Fueron estos planteamientos socioeconómicos los que provocaron los primeros incidentes escisionistas dentro del partido en 1860 y 1864, principalmente en este último año, cuando Pi y Margall habló de la necesidad de la intervención del Estado en las actividades socioeconómicas, superando de este modo los planteamientos del liberalismo económico, en nombre de la autonomía de los seres colectivos. Los que aceptaron la intervención teórica del Estado se llamaron socialistas y se agruparon en torno a Pi y Margall, y los que no admitieron dicha intervención se llamaron individualistas y tuvieron a Castelar por jefe (SANCHEZ RECIO; D.: 1973, IV 47-94).

Recogeremos ahora un texto de esa época que nos sirva de testimonio para las anteriores afirmaciones. Claro exponente de sus creencias intelectuales, confía de tal modo en su idea de la democracia que la cree capaz de resolver todos los problemas políticos y sociales con el simple desarrollo de la misma. Escribe Pi y Margall:

«Partido fuerte, vigoroso, compacto, preciso es desengañarse, no lo puede ser hoy sino el partido democrático. El partido democrático tiene ya su dogma completo. Partiendo de un solo principio llega de consecuencia en consecuencia a la determinación de todo un sistema político, administrativo y económico. Realiza el derecho y llama a todas las clases sociales a la vida pública. No cierra el paso a ninguna idea, pone en situación igualmente ventajosa a todos los partidos presentes y futuros, hace inútiles las luchas a mano armada, establece las condiciones definitivas del orden y del progreso. Emancipa al individuo, al pueblo y a la provincia; armoniza la sociedad y el estado, hoy en flagrante antagonismo, despoja al último de todas sus funciones anárquicas. No enciende esperanzas quiméricas en el corazón de los obreros; pero sobre levantarlos al nivel de los demás ciudadanos, les reconquista el derecho de asociación, por cuyo simple ejercicio podrán ensayar toda idea destinada a remediar sus hondos padecimientos sociales. No sólo respeta la propiedad, aspira a generalizarla y a fortalecer con ella los sentimientos de la patria y de la familia. La desamortización no la ha llevado todavía ningún partido ni pensado siquiera en llevarla a su verdadero término. La democracia está llamada a consumir la obra de los antiguos partidos liberales... (PI Y MARGALL, F.: 28, marzo, 1858).

Es éste uno de los textos más precisos y sintéticos que escribiera Pi y Margall, aparece en él su fe en el desarrollo de la idea, el dominio que el mundo de la inteligencia ejerce sobre el mundo de las cosas concretas, el ideal filosófico de la democracia y su solución al problema social. Sobre la cuestión de la libertad y el orden, más adelante en el mismo artículo, dice:

«La democracia cree haber hallado el orden en la plenitud de nuestras libertades. La razón le inspira esta creencia y la historia se le confirma».

El resto de los artículos que escribió sobre el tema pudieran hallarse sintetizados en éste (PI Y MARGALL, F.: 5, junio, 1858; 17, junio, 1858; 27, marzo, 1858).

2.6. El Partido Republicano Federal.

El partido democrático se escindió definitivamente en 1868, después de la revolución de septiembre, en dos grupos: los cimbrios, colaboracionistas con la regencia de Serrano y con la monarquía de D. Amadeo, que darían lugar a los progresistas republicanos unitarios de 1874, y los republicanos federales, que, a su vez, se dividieron entre sí en moderados e intransigentes, contribuyendo con ello a la inviabilidad de la república en 1873 y 1874.

Durante los años de la revolución Pi y Margall intentó desarrollar tres funciones respecto al partido republicano federal: cuidar de la ortodoxia doctrinal, insistiendo de manera especial en la teoría del pacto como elemento fundamental para proteger las autonomías, tanto la individual como las colectivas; superar la división del partido entre moderados e intransigentes (VERA Y GONZALEZ, E.: 1886, II); y proseguir el desarrollo de las doctrinas del partido, tal como sucedió con su intento de que éste aceptara las ideas sociales que él había expuesto en 1864 (TRIAS BEJARANO, J.: 1968, 263-70).

Durante la Restauración el partido republicano federal siguió un proceso de continua disgregación. Sin embargo, la actividad de Pi y Margall fue constante para mantener la unidad doctrinal y reorganizar el partido. Para conseguir este objetivo se dirigieron principalmente: la Publicación de su obra *Las Nacionalidades* en 1877, las repetidas campañas propagandísticas desde 1881, y su actividad parlamentaria en el Congreso de Diputados desde 1886. Finalmente, el contenido doctrina y programático del partido quedó condensado en el proyecto de constitución federal de 1894.

El partido democrático, primero, y republicano federal, después, habían alcanzado, según el pensamiento de Pi y Margall, la etapa más desarrollada de la evolución política y social de España en el siglo XIX. Me referiré ahora brevemente a la actitud tomada por Pi y Margall ante los partidos cuyos miembros habían tenido con anterioridad relación con su partido.

Un primer grupo desgajado del republicano federal fue el formado por los fundadores del primer núcleo de la A.I.T. en España, en el que dominó la ideología bakuninista, cuya colaboración buscó Pi y Margall en 1872 para redactar junto a una comisión de su partido

un *Dictamen sobre las bases económicasociales para mejorar las condiciones de las clases jornaleras*. La respuesta, recogida por A. Lorenzo, fue tajante: frente al propósito de mejorar la situación de las clases jornaleras, como pretendían los republicanos federales, los internacionalistas pretenden «destruir las clases, o sea realizar la completa emancipación económicosocial de todos los individuos de ambos sexos» (LORENZO, A.: s.a., 116).

Las relaciones del partido republicano federal con el partido socialista fueron respetuosas, llegando a colaborar varias veces en campañas electorales (PI Y MARGALL, F.: 15, abril, 1899), aunque en *El Socialista* no se hace referencia a tales coaliciones (*El Socialista*, 31 de marzo y 14 de abril de 1899). Sin embargo, la aparición de nuevos partidos para Pi y Margall era dolorosa, anclado en su idealismo federativo y en su programa de reformas sociales y económicas.

Finalmente, los regionalistas catalanes se apartaron del partido republicano federal de Pi y Margall desde 1873, por el escaso interés que éste prestaba a los sentimientos y movimientos regionalistas. Sin embargo, las relaciones entre ambos partidos fueron muy cordiales, porque los catalanistas no renunciaron a los principios federales, sino que junto a éstos adaptaron una actitud más posibilista de cara al gobierno de Madrid, buscando siempre un mayor provecho para Cataluña. Más aún, Pi y Margall fue siempre bien recibido en Cataluña y en el Congreso de Diputados actuó como defensor de los catalanes y como portavoz de sus intereses (PI Y MARGALL, F.: 28, julio, 1899; 29, julio, 1899).

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Blasco Ibáñez, V.
1892 *Historia de la Revolución Española*. 3 volúmenes. Barcelona.
- duverger, M.
1965 *Los Partidos Políticos*. México.
- Eiras Roel, A.
1961 *El Partido Demócrata Español: 1849-1868*. Madrid.
- Garrido, F.
1868-89 *Historia del Ultimo Borbón en España*. 3 volúmenes. Madrid.
- Lorenzo, A.
S. A. *El proletariado Militante*. México.
- Pi y Margall, F.
1851 *Historia de la Pintura*. Madrid.
1854 *La Reacción y La Revolución*. Madrid.
1873 *Estudios sobre la Edad Media*. Madrid.

Proudhon, J. P.

1849 De la creation de l'Ordre dans l'Humanité. París.

Sánchez Recio, G.

1973 El Pensamiento filosófico e Histórico de F. Pi y Margall. Tesis Doctoral inédita, presentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid.

Trías Bejarano, J.

1968 Pi y Margall. El Pensamiento Social. Madrid.

Vera y González, E.

1886 Pi y Margall y la Política Contemporánea. 2 volúmenes. Barcelona.

ARTICULOS PERIODISTICOS

Pi y Margall, F.

1856 ¿Cuál debe ser nuestra forma de gobierno? La Razón. Revista Política, Filosófica y Literaria. Madrid.

Pi y Margall, F.

15, julio, 1857 La Ineficacia de las Leyes Restrictivas. La Discusión. Diario Democrático. Madrid.

30, julio, 1857 El Partido Progresista y la Cuestión Social. Ibid.

12, marzo, 1858 Los Vicalvaristas y la Unión Liberal. Ibidem

25, marzo, 1858 La Unión Liberal. Ib.

27, marzo, 1858 El partido Progresista y el Partido Democrático. Id.

28, marzo, 1858 Los Viejos Partidos y La Democracia. Id.

7, abril, 1858 El Partido Absolutista. Ib.

21, mayo, 1858 Los Principios Moderados y la Libertad de la Ciencia. Ib.

5, junio 1858 La Democracia. Ib.

12, junio, 1858 La Unión Liberal. Ib.

17, junio, 1858 La Democracia como Partido. Ib.

10, octubre, 1858 ¿La Unión Liberal es un Partido? Ib.

9, noviembre, 1858 La Disolución de los Partidos Medios. Ib.

12, diciembre 1858 Las Bases de la Sociedad y los Moderados. Ib.

11, marzo, 1859 Incompatibilidades. Ib.

15, abril, 1899 Discurso de F. Pi y Margall. El Nuevo Régimen. Semario Federal. Madrid.

29, julio, 1899 Discurso de F. Pi y Margall en el Congreso de Diputados. El nuevo Régimen.

28, julio, 1899 Discurso de Pi y Margall. Diario de Sesiones del Congreso.

31, marzo, 1899 El Socialista. Organo del Partido Obrero. Madrid.

14, abril, 1899 El Socialista.